

© by Giovanni Campisi – Edizioni Universum – 20-12-2025

Isabella y Carlo en la fiesta de San Constantino

El regreso de Isabella y Carlo

Las calles de Rocca di Capri Leone estaban adornadas con guirnaldas de luces y banderas. Era el último sábado de julio, el día de la fiesta de San Constantino, el patrón del lugar. La estatua del Santo, imponente y dorada, avanzaba lentamente entre la multitud, llevada sobre los hombros por los hermanos, acompañada por el sonido de la banda y el aroma de jazmín y pan votivo.

Isabella, elegante pero sencilla, regresada de Milán para volver a ver su tierra, se encontraba entre la gente. Ya no era la muchacha que recorría las calles del pueblo con los libros bajo el brazo: ahora llevaba consigo años de trabajo, de ciudad, de distancia.

Carlo, de vuelta tras mucho tiempo en el extranjero, observaba la procesión con otros ojos. Había conocido otros países, otras lenguas, pero el ritmo de los tambores y el canto de las letanías le recordaban los días de escuela, cuando él e Isabella eran inseparables.

En medio de la multitud bastó un instante: Isabella se volvió y vio a Carlo. Una sonrisa, al principio tímida, luego llena de calidez, los unió.

Isabella: «Carlo... cuántos años han pasado. Aún te reconozco en tus ojos.» Carlo: «Y yo te encuentro en tu manera de caminar. Es como si nada hubiera cambiado.»

Caminaron juntos, siguiendo la estatua del Santo. No intentaban borrar el tiempo pasado, sino revivir los recuerdos: las mañanas de escuela, las risas entre los pupitres, las carreras hacia la parada del autobús.

La multitud los rodeaba, pero para ellos el tiempo parecía detenerse. Isabella hablaba de Milán, del trabajo, de los desafíos de la ciudad. Carlo hablaba de tierras lejanas, de dificultades y descubrimientos.

Y, sin embargo, cada palabra estaba entrelazada con el contexto sagrado: el patrón, la comunidad, la fe que los había formado. No era un encuentro mundano, sino un reencuentro bajo la mirada de San Constantino, guardián de las raíces y de los recuerdos.

Al final de la procesión, frente a la iglesia madre, Isabella y Carlo se detuvieron. La estatua del Santo brillaba entre velas y flores.

Carlo: «Hemos recorrido caminos distintos, pero quizá era para encontrarnos hoy aquí.» Isabella: «Sí, y para recordarnos que los tiempos hermosos no se pierden. Permanecen en nosotros y regresan cuando menos lo esperamos.»

Intercambiaron una sonrisa, conscientes de que la vida los había cambiado, pero de que el recuerdo compartido era un puente indestructible. La fiesta de San Constantino no era solo devoción: para ellos se convirtió en símbolo de un nuevo comienzo, enraizado en el pasado pero abierto al futuro.

El sol de septiembre acariciaba la fachada de la estación de Capo d'Orlando, tiñéndola de oro y nostalgia. Isabella ya estaba sentada en la mesa del café de enfrente, bajo la sombrilla de rayas azul y blanco. Llevaba un vestido ligero y sostenía entre las manos una granita de limón que brillaba como cristal. A su lado, una brioche suave, aún tibia.

Carlo llegó con paso tranquilo, el traje de lino ligeramente arrugado por el viaje. Se sentó frente a ella y sonrió como se sonríe cuando se ha esperado a alguien sin prisa.

Carlo: «Esta estación... cuántas veces la vimos de adolescentes. Siempre como punto de partida. Nunca como llegada.» Isabella (sonriendo): «Hoy es ambas cosas. Punto de partida para una nueva conversación. Llegada para una que habíamos dejado a medias.»

La granita se derretía lentamente, como las distancias entre ellos. El sonido de los trenes al fondo parecía marcar el ritmo de los pensamientos.

Hablaron de la escuela media, del instituto, de las carreras hacia el autobús, de los temidos exámenes y de las risas en el patio. Luego, en un tono más sereno, de las decisiones tomadas.

Isabella: «Milán me ha dado mucho. Pero cada vez que olía el jazmín... pensaba en casa.» Carlo: «Yo he buscado en la lejanía. Pero nunca encontré el silencio que hay aquí, entre un tren que parte y otro que llega.»

Se miraron. No había prisa. Solo la alegría de reconocerse de nuevo.

La granita se había terminado, la brioche dejaba aún un sabor dulce en los labios. Isabella se levantó, Carlo la siguió. Frente a la estación, el mundo seguía moviéndose, pero para ellos el tiempo había hecho una pausa.

Carlo: «¿Te apetece dar unos pasos hacia el paseo marítimo?» Isabella: «Solo si me cuentas lo que escribías en aquel cuaderno que siempre llevabas contigo.» Carlo (sonriendo): «Solo si tú me cuentas lo que dejaste en aquella carta que nunca enviaste.»

Caminaron juntos, como dos adolescentes que se habían reencontrado siendo adultos, pero aún capaces de soñar con sencillez.

La pequeña poesía de Carlo para Isabella

Isabella, bella, de ojos risueños,
brillas cual astro entre mil sueños.

Cuando tú ríes, hay fiesta y campanas,
eres la rosa que en pasillos mana.

Carlo te escribe, con sincero ardor:
«Mi Billuzza, te quiero de veras, amor».

Y si te aceptas con toda tu gracia,
queda una historia que nunca se sacia.

Carlo, con voz firme pero conmovida, recitó el pequeño poema que había guardado durante años en su cuaderno. Cada palabra en dialecto nebroido parecía vibrar en el aire salado del paseo marítimo, como un pequeño secreto que por fin se revelaba. Al final, cuando miró a Isabella a los ojos, le prometió:

«Algún día este cuaderno será tuyo, porque en él está nuestra memoria».

Isabella sonrió, y con un gesto tímido sacó del bolsillo una carta que nunca había sido enviada. Había sido escrita años antes, cuando él estaba lejos y ella en Milán, pero nunca había tenido el valor de entregarla. Ahora, frente a Carlo, la leyó en voz alta: palabras sencillas, pero llenas de nostalgia y afecto.

Aquella tarde terminó con un largo y silencioso abrazo. Se separaron felices, conscientes de que ese día había vuelto a unir un hilo que el tiempo no había podido romper.

El destino quiso que dos semanas después se reencontraran por casualidad en el aeropuerto de Fontanarossa, en Catania. Isabella, con la maleta lista para Milán, y Carlo, de camino a Toulouse.

La sorpresa fue grande: entre el murmullo de las voces de los viajeros y los anuncios metálicos, sus miradas se cruzaron de nuevo. No hicieron falta palabras: bastó una sonrisa, aquella misma sonrisa que Carlo había anotado en su cuaderno y que Isabella había guardado en su carta.

Se sentaron juntos durante algunos minutos, se contaron proyectos de trabajo, sueños, miedos. Luego, cuando llegó la hora de embarcar, se

despidieron con la ligereza de quienes saben que la vida aún puede regalar encuentros inesperados.

Así descubrieron Isabella y Carlo, entre un cuaderno y una carta, entre una procesión, el paseo por el malecón y un aeropuerto, que su vínculo no estaba hecho solo de recuerdos, sino de un hilo invisible que los acompañaría a cualquier lugar.

Habían pasado cinco años como un río que fluye a lo lejos, llevando consigo días de trabajo, ciudades extrañas, recuerdos en cuadernos y cartas nunca enviadas. Pero aquella noche, la iglesia madre de Rocca di Capri Leone estaba iluminada por mil velas y por el canto solemne de «Tu scendi dalle stelle» («Tú bajas de las estrellas»).

«Tú bajas de las estrellas»

Tú bajas de las estrellas ya,
oh Rey del cielo, tan cerca estás.
En frío y pobreza nacido,
un Niño que al mundo ha elegido.

Los ángeles alzan su canción,

la tierra florece en admiración.
Un rayo atraviesa la oscuridad,
el amor nos muestra su verdad.

Oh Niño en el pesebre tan fiel,
nos traes la paz desde tu vergel.
Los corazones arden en fervor,
te adoramos, Dios y Salvador.

Isabella entró con paso ligero, envuelta en un abrigo oscuro, y se sentó entre la gente reunida. Carlo, que llegó poco después, llevaba aún consigo su inseparable cuaderno. No se habían dado cita: fue el destino, o quizá la providencia, quien los había llevado allí en esa Noche Santa.

Entre las naves de la iglesia, adornadas con luces y ramas de abeto, sus miradas se encontraron. No hicieron falta palabras: bastó una sonrisa, aquella misma sonrisa que los había acompañado cinco años antes en el aeropuerto de Catania.

Carlo se acercó y dijo con voz temblorosa: «Isabella, ha llegado el momento de que este cuaderno sea tuyo». Ella, conmovida, sacó del bolsillo la vieja carta, ya amarillenta, y se la entregó

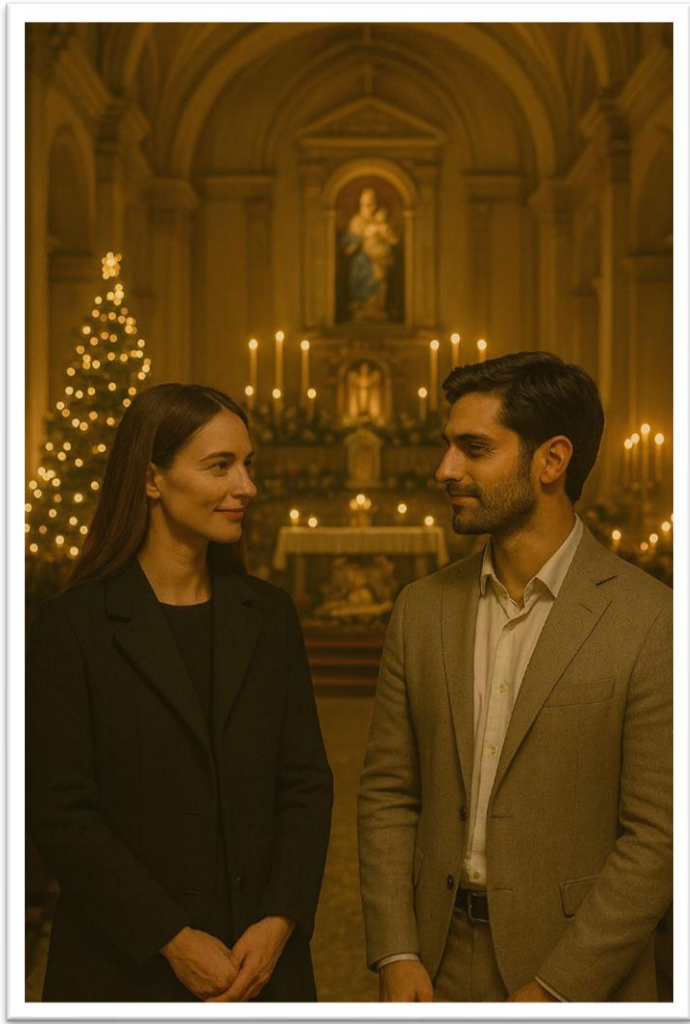
a Carlo: «Y esta es mi respuesta, escrita hace mucho tiempo».

Las campanas marcaron la medianoche y anunciaron el nacimiento del Niño. En ese instante, entre el canto del coro y el aroma del incienso, Isabella y Carlo se tomaron de la mano. No fue una promesa gritada, sino un juramento silencioso: no separarse nunca más.

La comunidad a su alrededor celebraba la alegría de la Navidad, pero para Isabella y Carlo aquella noche significaba también el nacimiento de una nueva vida en común.

Cuando salieron de la iglesia, la plaza estaba iluminada por antorchas y por el belén viviente. Isabella y Carlo caminaron lado a lado, como si el tiempo hubiera por fin cosido toda distancia. El cuaderno y la carta, símbolos de años de espera y silencio, estaban ahora unidos en sus manos.

Y bajo el cielo claro de la Noche de Navidad decidieron que ningún aeropuerto, ninguna ciudad, ningún trabajo podría volver a separarlos.



La noche del reencuentro esperado

La noche del reencuentro esperado

entre Isabella y Carlo

Diálogo teatral

[Las naves de la iglesia madre están iluminadas por velas. El coro canta «Tu scendi dalle stelle». Las campanas lejanas se preparan para dar la medianoche. Isabella entra y se sienta. Carlo, poco después, la ve entre la gente.]

Carlo (*avanzando lentamente, el cuaderno firmemente entre las manos*): Isabella... no habría creído que la Navidad me trajera de vuelta a ti.

Isabella (*se levanta, con la carta amarillenta entre los dedos*): Y, sin embargo, aquí estamos, bajo el mismo cielo y el mismo canto.

[Las campanas comienzan a vibrar, un golpe profundo llena la iglesia.]

Carlo (*entregando el cuaderno, con voz temblorosa*): Este es mi secreto, escrito para ti. Cada página es un paso hacia esta noche.

Isabella (*suave, entregándole la carta*): Y esta es mi respuesta, guardada demasiado tiempo. Ahora te pertenece.

[Se miran a los ojos. Las campanas suenan con más fuerza, ha llegado la medianoche. El coro estalla en un canto jubiloso.]

Carlo (*toma su mano*): No quiero perderte nunca más.

Isabella (*con una sonrisa que ilumina su rostro*): Y yo no quiero volver a dejarte.

[Las campanas repican festivamente. La comunidad canta, pero entre las naves de la iglesia su juramento silencioso se vuelve eterno.]